

LAS MIGRACIONES GERMÁNICAS

· Los pueblos germánicos antes de las invasiones.

En tiempos de César, las legiones romanas tropezaron por primera vez con las tribus germanas, estos eran agricultores sedentarios con una economía predominantemente pastoril.

Entre ellos imperaba un modo de producción primitivo y comunal. Para estos pueblos la propiedad privada de la tierra era desconocida y todos los años los jefes decidían que parte del suelo común habría de ser arada, se asignaban estas a los diversos clanes, que la cultivaban y se apropiaban de los campos de forma colectiva. Las redistribuciones periódicas impedían grandes diferencias de riquezas entre las familias y los clanes.

Los rebaños eran propiedad privada, y constituían la riqueza de los principales guerreros de las tribus.

En tiempos de paz no había jefaturas que gozaran de autoridad sobre todo el pueblo; los jefes militares de carácter excepcional se elegían en tiempos de guerra.

Muchos clanes eran matrilineales (sistema de organización social en el que la descendencia se organiza siguiendo sólo la línea femenina y todos los hijos pertenecen al clan de la madre).

Esta estructura social se modificó muy pronto con la llegada de los romanos al Rin y con su ocupación temporal de Alemania hasta el Elba durante el siglo I d. C.

El comercio de artículos de lujo a través de la frontera produjo rápidamente una creciente estratificación interna en las tribus

germánicas: para comprar los artículos romanos, los jefes guerreros de las tribus vendían ganado o asaltaban a otras tribus para capturar esclavos con objeto de exportarlos a los mercados romanos.

En tiempos de Tácito (c. 55–c. 120), historiador romano. probablemente nacido en Roma cuya tercera de sus obras cortas es Germania (escrita hacia el 98), que es una monografía sobre la etnografía de Germania), la tierra ya había dejado de ser asignada a los clanes y era distribuida directamente a las personas concretas. El cultivo era muy cambiante, por la existencia de terrenos forestales desérticos, y las tribus carecían por tanto de una gran fijeza territorial. Este sistema agrario favorecía la guerra estacional y permitía frecuentes y masivos movimientos migratorios.

Se producía enfrentamientos entre la aristocracia hereditaria, con su séquito de guerreros y guerreros del común para usurpar el poder , que eran cada vez mayores. La diplomacia romana atizaba activamente estas disputas internas, por medio de subvenciones y alianzas, con objeto de neutralizar la presión de los bárbaros sobre su frontera y de que cristalizara un estrato de dirigentes aristocráticos deseosos de colaborar con Roma.

La presión romana aceleró la diferenciación social y la desintegración de los modos de vida comunales en los bosques germánicos. Los pueblos que tenían más contacto con Roma mostraban un modo de vida más alejado de la vida tradicional de las tribus.

Los ALAMANES en la Selva Negra y los MARCOMANOS y los CUADOS en Bohemia tenían villas de estilo romano, con fincas cultivadas por esclavos capturados en las guerras.

La asamblea general de los guerreros había desaparecido. Un consejo confederado de OPTIMATES ejercía ahora la autoridad política central sobre unas aldeas obedientes. Los OPTIMATES formaban una clase poseedora de fincas, séquitos y esclavos, claramente diferenciada del resto del pueblo, el influjo romano arrastraba a las tribus situadas en la frontera hacia una mayor diferenciación política y militar.

A partir de la época de Marco Aurelio (emperador romano 121–180), los sucesivos aumentos de la presión bárbara sobre el imperio no fueron, pues, rachas fortuitas de mala suerte de Roma, sino que en buena medida fueron las consecuencias estructurales de su propia existencia y de su triunfo. Los lentos cambios provocados en su entorno exterior, por imitación e intervención, se harían acumulativos: el peligro de las fronteras Germánicas creció a medida que la civilización romana las transformaba gradualmente.

** El limes, con el discurrir del tiempo, se fue convirtiendo no tanto en la frontera que separaba dos mundos como en la zona de contacto que permitía una progresiva simbiosis entre ambos. Mientras tanto, y dentro del propio Imperio romano, los ejércitos imperiales utilizaban en sus filas a un número creciente de guerreros germanos. La diplomacia romana había intentado tradicionalmente y siempre que era posible, rodear las fronteras del Imperio con un glacis exterior de foederati, jefes aliados o clientes que conservaban su independencia fuera de las fronteras romanas, pero que defendían los intereses romanos dentro del mundo bárbaro a cambio de subvenciones financieras, apoyo político y protección militar.

En el Imperio tardío, sin embargo, el gobierno imperial recurrió al

reclutamiento habitual de soldados procedentes de esas tribus para sus propias unidades. Al mismo tiempo, los refugiados o cautivos bárbaros eran asentados en tierras desiertas en calidad de *laeti*, con la obligación de prestar servicio militar en el ejército a cambio de sus propiedades. Además, muchos guerreros germánicos libres se alistaban como voluntarios en los regimientos de Roma, atraídos por la perspectiva de la paga y la promoción dentro del sistema militar del Imperio .

A mediados del siglo IV, un porcentaje relativamente alto de generales, oficiales y soldados palatinos de choque eran de origen germánico y estaban cultural y políticamente integrados en el universo social de Roma: generales francos como Silvano o Arbogasto, que alcanzaron el rango de *magister militum* o comandante en jefe de Occidente, eran moneda corriente. Había, pues, cierta mezcla de elementos romanos y germánicos dentro del propio aparato del Estado imperial.

Los efectos sociales e ideológicos que la integración en el mundo romano de un gran número de soldados y oficiales teutónicos tuvo sobre el mundo germánico que de forma provisional o permanente habían dejado atrás, no son difíciles de reconstruir: representaron un poderoso refuerzo de las corrientes de estratificación y diferenciación ya presentes en las sociedades tribales de allende las fronteras.

La autocracia política el rango social, la disciplina militar y la remuneración monetaria fueron lecciones aprendidas en el exterior y fácilmente asimiladas en el interior por los jefes y los *optimates*. Así, en la época de las *Völkerwanderungen* del siglo V, cuando toda Germania sufrió la conmoción provocada por la presión de los hunos invasores nómadas procedentes de Asia central----- y las tribus comenzaron a

lanzarse a través de las fronteras romanas, las fuerzas internas y externas habían llevado a la sociedad germánica a una considerable distancia de las formas que tenía en los días de César. Ahora, una nobleza con séquito solidificada y la riqueza individual de la tierra había suplantado casi por doquier a la tosca igualdad originaria de los clanes. La larga simbiosis de las formaciones sociales romana y germánica en las regiones fronterizas había colmado gradualmente el abismo que existía entre ambas, aunque todavía subsistiera en muchos aspectos importantes. De la colisión y fusión de ambas en su cataclismo final habría de surgir, en último término, el feudalismo.

- Las oleadas migratorias y

- Las formas de asentamiento : hospitalitas

Las invasiones germánicas tuvieron lugar en dos fases sucesivas, cada una de las cuales siguió un modelo y una dirección diferentes.

La primera gran oleada comenzó con la trascendental marcha por los hielos del Rin de una incierta confederación de suevos, vándalos y alanos en la noche invernal del 31 de diciembre del año 406.

410.– Los VISIGODOS, saquean Roma al mando de Alarico.

439.– Los VÁNDALOS, toman Cartago.

480.– Ya se ha establecido en el antiguo Imperio Romano el primero y tosco sistema de Estados Bárbaros:

BURGUNDIOS.– Saboya

VISIGODOS.– Aquitania

VÁNDALOS.– Norte de África

OSTROGODOS.– Norte de Italia

Fue al mismo tiempo el ataque más radicalmente destructor de los

pueblos germanos contra el Occidente romano y el más claramente conservador en su respeto hacia el legado Latino. La unidad militar, política y económica del Imperio de Occidente quedo irreversiblemente destrozada.

Unos pocos ejércitos romanos de comitatenses sobrevivieron durante algunas décadas después de que fueran barridas las defensas fronterizas de los limitanei: pero, aisladas y rodeadas por territorios dominados por los bárbaros, las bolsas militares autónomas como la Galia del Norte sólo servían para poner de manifiesto la completa dislocación del sistema imperial en cuanto tal.

Las provincias cayeron en el desorden, el bandidaje y la rebelión social se adueñaron de grandes zonas. En la primera mitad del siglo V, el orden imperial había sido aislado por la irrupción de los bárbaros en todo el Occidente.

Con todo, las tribus germánicas que hicieron pedazos al Imperio occidental no eran capaces de sustituirlo por un orden político nuevo o coherente.

Los pueblos bárbaros pertenecientes a la primera serie de invasiones tribales, a pesar de su progresiva diferenciación social, eran todavía unas comunidades extremadamente primitivas. Ninguno de ellos había conocido jamás un Estado territorial duradero; en lo religioso, todos eran ancestralmente paganos; la mayor

parte carecían de escritura: pocos poseían un sistema de propiedad articulado o estabilizado.

La conquista de vastas extensiones de las antiguas provincias romanas les

presentó naturalmente una serie de problemas insolubles de apropiación y administración inmediatas. Estas dificultades intrínsecas se intensificaron a causa de la pauta geográfica seguida por la primera oleada de invasiones. Porque en las Völkerwanderungen, propiamente dichas, que ha menudo fueron inmensas peregrinaciones a través de todo el continente, el asentamiento final de cada pueblo quedó muy lejos de su punto de partida.

Los visigodos se trasladaron desde los Balcanes a España;

los ostrogodos desde Ucrania a Italia;

los vándalos desde Silesia a Tunicia;

los burgundios desde Pomerania a Saboya.

No hubo ningún caso de una comunidad bárbara que se limitara a ocupar las tierras romanas directamente contiguas a su originaria región de residencia.

Los primeros Estados bárbaros reflejaban una situación de relativa debilidad y aislamiento. En consecuencia, se apoyaban fuertemente en las preexistentes estructuras imperiales, que de forma paradójica conservaron, siempre que fue posible en combinación con sus equivalentes germánicos para formar un sistemático dualismo institucional.

El primero y más trascendental problema que las comunidades tuvieron que decidir después de sus victorias en el campo de batalla fue el de la disposición económica de la tierra. La solución normalmente adoptada fue un modelo similar al de las anteriores prácticas romanas, particularmente familiares a los soldados germanos, y, al mismo tiempo, una ruptura radical con el pasado tribal, orientándose hacia un futuro

social claramente diferenciado. Los visigodos, burgundios y ostrogodos impusieron a los terratenientes locales romanos el régimen de la HOSPITALITAS. Derivado del antiguo sistema imperial de alojamiento, en el que habían participado muchos mercenarios germanos, concedía a los «huéspedes» bárbaros dos tercios de la extensión cultivada de las grandes fincas en Borgoña y Aquitania y un tercio en Italia, cuyo mayor tamaño global permitía que se les asignara una parte menor de las villae individuales y donde, además, las fincas que no estuviesen divididas pagaban un impuesto especial para igualar el sistema. El HOSPES burgundio recibía también un tercio de los esclavos romanos y la mitad de las tierras forestales.

En Hispania, los visigodos tomarían más tarde un tercio de las reservas señoriales y dos tercios de las tenencias en todas las fincas.

Únicamente en África del Norte, los vándalos se limitaron a expropiar al grueso de la nobleza local y de la Iglesia, sin ningún tipo de compromisos o concesiones, opción que a largo plazo les costaría muy cara. La distribución de tierras bajo el sistema de «hospitalidad» probablemente afectó muy poco a la estructura de la sociedad romana local: dado el pequeño número de conquistadores bárbaros, las sortes o parcelas que se les asignaban nunca abarcaron más que a una parte de los territorios situados bajo su dominio. Normalmente, este dominio estaba muy concentrado debido a su temor a la dispersión militar después de la ocupación: los asentamientos agrupados de los ostrogodos en el valle del Po constituyeron un modelo típico. No hay ninguna señal de que la división de las grandes fincas tropezara con una resistencia violenta por parte de los propietarios latinos.

Por lo demás, su efecto sobre las comunidades germánicas tuvo que ser necesariamente muy drástico, porque las Sortes no se asignaban indistintamente a los guerreros germánicos recién llegados. Al contrario, en todos los pactos entre romanos y bárbaros sobre las divisiones de las tierras que han llegado hasta nosotros intervienen únicamente dos personas: el terrateniente provincial y un germano, aunque posteriormente las sortes fueron cultivadas en realidad por cierto número de germanos. Parece probable, por tanto, que se apropiaran de las tierras los optimates de los clanes que inmediatamente asentaban en ellas a los hombres de sus tribus como arrendatarios o, posiblemente, como pequeños propietarios pobres. Socialmente, los primeros se convirtieron de golpe en los iguales de la aristocracia provincial, mientras que los últimos cayeron directa o indirectamente bajo su dependencia económica. Este proceso sólo tangencialmente visible a partir de los documentos de la época fue mitigado sin duda por los recuerdos todavía recientes del igualitarismo forestal y por la naturaleza armada de toda la comunidad invasora, que garantizaba al guerrero ordinario su condición de libre. Inicialmente, las sortes no fueron propiedad plena u hereditaria, y los soldados del común que las cultivaban conservaron probablemente la mayor parte de sus derechos consuetudinarios. Pero la lógica del sistema era evidente: al cabo de una generación, aproximadamente, ya se había consolidado sobre la tierra una aristocracia germánica, con un campesinado dependiente situado por debajo de ella e incluso en algunos casos con esclavos indígenas. La estratificación de clases cristalizó rápidamente una vez que las federaciones tribales de carácter nómada se asentaron

territorialmente dentro de las antiguas fronteras imperiales.

hospitalitas

Los herederos de Teodosio Honorio en Roma y Arcadio en Constantinopla promulgaron conjuntamente una Ley de Hospitalidad. En ella se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que las hubieran acogido. Además, hasta la emblemática fecha del 476 e inclusive más tarde, la defensa del Imperio fue quedando en manos de generales de ascendencia bárbara: el vándalo Estilicón y el panonio Aecio en Occidente; el godo Gamas y el alano Aspar en Oriente.

· El fin del imperio romano de occidente

La crisis institucional que padeció el Imperio a lo largo del siglo III puso en evidencia el proceso de barbarización que estaba sufriendo: algunos emperadores, como Maximino y Filipo el Árabe, habían nacido fuera de las fronteras del Imperio. Puso en evidencia también la debilidad del limes. Masas de godos en Oriente y de francos y alemanes en Occidente perforaron impunemente las defensas y saquearon durante años las provincias del Imperio. Emperadores enérgicos (Decio, Diocleciano, Constantino) consiguieron superar la crisis. El Imperio recuperó las antiguas fronteras y se aprestó en el siglo IV a emprender una regeneración que, como ya hemos advertido, se reveló cargada de limitaciones.

En efecto, en 378, los visigodos, mantenidos a raya en la línea del Bajo Danubio, se vieron forzados a cruzarlo, presionados desde el este por los hunos. El emperador Valente, que trató de impedir su paso,

sufrió una terrible derrota en Adrianópolis. La instalación masiva de los germanos en el Imperio se convirtió desde entonces en un proceso irreversible.

Las migraciones del siglo y el fin del Imperio en Occidente

Último reunificador del Imperio y heredero

de una situación militar crítica, Teodosio trató de sacar partido aun en medio de la desgracia. Según su particular punto de vista, la regeneración del cuerpo social romano habría de venir de la mano de la imposición del cristianismo niceano como cemento de unidad moral, y de la asociación al Imperio de la sangre joven de los visigodos. En este segundo punto no hacia otra cosa que seguir, a gran escala, la política de barbarización progresiva emprendida por anteriores emperadores.

Así lo entendieron también los herederos de Teodosio Honorio en Roma y Arcadio en Constantinopla al promulgar conjuntamente una Ley de hospitalidad. En ella se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que las hubieran acogido. Además, hasta la emblemática fecha del 476 e inclusive más tarde, la defensa del Imperio fue quedando en manos de generales de ascendencia bárbara: el vándalo Estilicón y el panonio Aecio en Occidente; el godo Gamas y el alano Aspar en Oriente.

Así, los gobernantes de ambas partes del Imperio utilizaron a unos bárbaros para defenderse contra los otros bárbaros que, pacífica o violentamente, iban cruzando el limes. Uno de los juegos favoritos de los políticos de Roma y de Constantinopla fue también el de enfrentar a los recién llegados entre sí. Constantinopla, además, tuvo la habilidad

de desviar hacia Occidente a las sucesivas oleadas de invasiones. De esta forma logró sobrevivir en la misma forma en que Roma sucumbió.

En la caída del Imperio de Occidente, tienen singular importancia algunos hechos ligados a los movimientos migratorios.

En primer lugar el cruce, en la navidad del 406, del limes renano por masas de suevos

, vándalos y alanos. San Jerónimo presentó este acontecimiento con tintes dramáticos «Assur ha entrado con ellos». De hecho, suponía una catástrofe para el Imperio, ya que sus autoridades se mostraron incapaces de contener la oleada. El asentamiento definitivo de los invasores en Hispania, salvo en la Tarraconense, era todo un símbolo de la impotencia de Roma.

En 410 tuvo lugar un acontecimiento no menos impactante. Los visigodos, al mando de su rey Alarico, tras un largo deambular por los Balcanes y el valle del Po, y con el pretexto de la ruptura de los pactos suscritos años atrás, cayeron sobre Roma. La ciudad fue saqueada sistemáticamente.

Sin embargo, los sucesores de Alarico (primero Ataúlfo y más tarde Walia) no deseaban tanto la destrucción del Estado romano como la adquisición de tierras donde establecerse. De ahí que, en 418, las autoridades imperiales suscribiesen un pacto (foedus) con tan impulsivos huéspedes. Los visigodos quedaron acantonados en el sur de la Galia, con posibilidad de instalarse en Hispania.

La jugada de la diplomacia imperial se podía considerar maestra. Pronto, sin embargo, manifestó su debilidad. Bajo la presión visigoda, los vándalos optaron por pasar al norte de África. En tan sólo unos meses, este territorio, tradicionalmente granero de Roma, fue ocupado por los

recién llegados. Esa pérdida iba a tener para Italia unas consecuencias incalculables. Mayores, por supuesto, que las que Roma padeció por esos mismos años, al abandonar Britania a otros bárbaros: anglos, jutos y sajones.

Instalados además los burgundios en el valle del Ródano, y grupos de francos en el norte de la Galia, la autoridad de unos fantasmales emperadores de Occidente apenas si se extendía sobre Italia.

En 451–452, germanos y romanos hubieron de superar conjuntamente una dura prueba. Los hunos y sus aliados, hasta entonces acantonados en Oriente, tomaron el camino del oeste. No conocemos exactamente las razones por las cuales su caudillo Atila tomó esta decisión. En cualquier caso, Constantinopla se sacudía un peligro transfiriéndolo a Occidente. Aecio, gobernante de hecho del Imperio en Roma, logró poner en pie una coalición integrada, esencialmente, por burgundios, francos, visigodos y un nominal ejército romano. El peligro huno pudo ser conjurado en una gran batalla cerca de Troyes. Los visigodos fueron los héroes de la jornada. Aecio no quiso darles demasiados vuelos y, para equilibrar la situación, permitió a Atila retirarse en orden. Imprudente medida, ya que, al año siguiente, el caudillo huno cayó sobre una Italia indefensa en la que sólo un anciano, el papa León I, logró pactar la retirada de los invasores. En 453, con la muerte de Atila, se produjo la disolución de su imperio y el alejamiento, por largo tiempo, del peligro de las estepas.

Durante veintitrés años el Imperio romano seguirá languideciendo en Occidente. La capital habrá de sufrir aún dos nuevos saqueos a manos de la marina vándala. A estas alturas, la vieja urbe había dejado de ser la

residencia de los emperadores para transferir estas funciones a otras localidades como Ravena o Milán. De hecho, todo el Occidente se había dividido en un conjunto de reinos germánicos que sólo nominalmente reconocían la autoridad imperial. Desde el 475 el rey visigodo Eurico, al gobernar sobre buena parte de la Galia y de Hispania, era el mayor poder político del Occidente. De ahí que no fuese excesivamente traumática la decisión tomada por el caudillo herulo Odoacro, jefe del nominal ejército «romano» acantonado en Italia, el 476. Al destronar al emperador Rómulo Augústulo y remitir las insignias imperiales a Constantinopla sólo estaba poniendo término a una ficción. Y reconociendo, además, que el único emperador digno de ese nombre residía en Oriente, a orillas del Bósforo.